

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO I--NÚM. 24
Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, JUNIO 17 DE 1900.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEA, \$1.50.
IDEM IDEM EN LA CAPITAL, \$1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS



COPYRIGHT 1899
BY JAMES ARTHUR.

SE ACORDARÁ DE MÍ?

EL EXTERIOR

Revistas políticas y literarias

EN FRANCIA.

Siento la separación del General de Gallifet del Ministerio francés; se me figuraba que, por haberlo designado, á él y á M. Waldeck-Rousseau con algunos días de anticipación á su nombramiento, como ministros que yo escogería si hubiera sido M. Loubet, yo los habría nombrado.

Y esto indica que adolezco de excesiva modestia como todos los revisteros que procuramos hacer creer á nuestros lectores (de quienes silenciosamente nos reimos, sin suponer que ellos probablemente se rien con más ganas de nosotros) que moviendo la punta de la pluma removemos al mundo.

Por lo demás, mis lectores y yo hemos convenido en que no hay animal (racional, se supone) más ingenuamente fatuo que un literato, y que sólo la supera el híbrido que resulta de la combinación del periodista y el literato.

La verdad es, dejando á un lado reflexiones de alta filosofía, que el viejo Gallifet lo había hecho muy bien; había vuelto á poner á caballo al ejército desazonado por los furibundos ataques de los socialistas durante el proceso Dreyfus y había devuelto al país la confianza en si mismo reinspirándosela en la representación armada.

Su última disposición fué de esas que merecen aplausos incondicionales y que debe de haber llamado la atención de nuestro Ministro de la Guerra, que es la actividad hecha hombre: me refiero á la cuestión del alcoholismo en el ejército.

En Francia los regimientos tienen sus cantinas y en esas cantinas, de hoy en adelante, no podrán los militares proporcionarse bebidas alcohólicas; el progreso del alcoholismo en el ejército francés asume ya caracteres, por tal modo alarmantes, que, puede decirse, que el día de la guerra los grupos armados iban á entrar vencidos al combate, deprimidos físicamente y moralmente disueltos por el aguardiente.

Aquí debe de haber muy buenas disposiciones sobre eso y suponemos que se cumplen, bueno es que se cumplan; aquí también el alcoholismo es ya una peste que hace más estragos que la peste bubónica podrá hacer nunca; también aquí prepara el alcoholismo, que es el arte, no de embriagarse precisamente, sino de tomar diariamente "copitas;" nuevas generaciones de vencidos anticipados en la lucha de la vida, nuevas generaciones de esclavos. Allá M. de Gallifet prohibió la venta de licores en las cantinas militares, aquí se puede prohibir al soldado todo lo que no sea una ración de pulque, cerveza, cidra ó vino (incluimos á los oficiales naturalmente) y la prohibición á los oficiales, á todos, sin distinción, dura y resueltamente, de entrar á las cantinas civiles. ¡Oh! ¡qué bueno sería esto! Cuando se prohibe á hombres de honor, como son los oficiales, entrar á las cantinas, es porque las cantinas se consideran deshonorosas. Y esto es lo bueno, deshorrar, infamar á estos envenenatorios.

Como todo hombre de talento, Carlos Díaz Dufoo nos hace viajar por un París que, para su uso particular, se ha recortado en el París grande y en su París no sintió las elecciones municipales y no percibió el triunfo de los nacionalistas. ¡Claro! como que el rumor de estas batallas sólo se oye en el tímpano de la prensa; pero la prensa si ha hecho, dicho, clamado y exclamado á más no poder con motivo del triunfo de los plebiscitarios ó nacionalistas, es decir, de los que esperan á un Mesías cualquiera, con tal que vuelva á caballo (negro ó blanco) de la revista de Longchamp!... "En revennat de la revue." A nosotros en lo particular nos importa poco; en lo general sí, naturalmente; Francia, allí es nada, el

"alma mater," la vanguardia de los latinos, la república, la democracia... etc., etc.

Una cosa nos importa ó nos atrae más el espectáculo de los hombres de puro talento, de los intelectuales de alto vuelo, especie de "super-hombres" literarios, como Nietzsche diría, en medio del laberinto político. ¿Cómo habéis entrado aquí, caballeros? Como observadores finos y excépticos de las gesticulaciones del eterno payaso humano. Muy bien! Todos comeremos entonces del pan blanco de vuestras cosechas, porque tenéis el don de convertir todas vuestras notas sobre la vida en espigas de oro de fecundos granos... ¡Pero no! Que veo sois actores; tomáis una máscara, brincáis en la mascarada. ¿Es posible? Es cierto, ¡ay! es cierto que allá van saltando de júbilo. Barrés, el ex-anarquista diletante... se explica; Coppe, el pobre gran poeta miniaturista hasta en sus cuadros grandes, que ha caído de rodillas en el arrepentimiento, lo que es noble, y en la devoción, lo que es respetable, y en la poesía un poco sacristana, que es lo que se llama caer en la infancia... se explica también; pero vos, pero tú, ¡oh! "tu quoque," pero Ud., Sr. D. Julio Lemaitre, el hombre de más talento que ha florecido en las ubérrimas márgenes del Loire, que veía tan serenamente pasar la vida contemporánea, como un hilo de oro sin fin por el ojo de la maravillosa aguja; tan desprendido de la farsa de la vida, tan risueño ante la conciencia humana, tan hábil para desmontar los eternos títeres de la historia y encontrar los resortes íntimos de sus acciones y los hilos invisibles que tiraban de ellos desde las misteriosas bambalnas, bajo las cuales corre el río eterno del "devenir".... Ud. qué hace allí; que anda Ud. comiendo y triscando por entre las urnas electorales, una mano en la mano de Droulede y otra en la de Rochefort, un loco y un misticador, y cantando el himno de la "delitraná" y el aleluya de la victoria! Y Ud. capitanea á los señores Cassagnac y Eduardo Drumond y abate Garnier, cantando el "Io peián" en esta vuelta de Salamina municipal....!

¡Oh! no señor mío, admirable maestro, "le maitre," yo no le puedo negar á Ud. el derecho de hacerlo, es Ud. ciudadano francés y alcalde de su pequeño pueblo natal de Turena y siente Ud. un poco de náusea frente á frente del retórico Jaures y del energúmeno Vivian y del antipático economista Guyot, y comprendo que á fuerza de perseguir á su infinita prole estulta y solemne del boticario Homai se haya Ud. repentinamente encontrado en el bando del abate su enemigo. Pero no sé; hay un "pero" aquí que no sé cómo formular. Es evidente que todo buen francés, es seguro que todo amigo de la tolerancia, de la patria, de la justicia social contra los socialistas... debe, está obligado á hacer lo que Ud. ha hecho, si cree deberlo hacer. No cabe duda. Pero ¿por qué no se estuvo Ud. en su balcón? Porque se ha bajado á la calle! Defiende Ud. todo cuanto quiere, pero desde arriba, desde la torre de márfil, no con los pies en el "drenaje," como por acá decimos en esta ciudad típica del saneamiento y del lodo. Y Ud. nos ha dado derecho á tratarlo así, y á exigirle todo esto; porque nos ha mostrado todo cuanto hay de farsa y de interés sórdido y de lucha y rebatía en todas estas decadentadas virtudes, y porque nos había Ud. acostumbrado á no ver en su benévola é irónica sonrisa "renaniana," la señal de la inspiración delirante de los que sueñan en un Mesías,—César—Napoleón—Boulangier, porque nos extraña ver tan de su circunscripción, de su parroquia y de su barrio, á un ciudadano de Atenas... En fin, señor mío, es Ud. un hombre libre, lo ha demostrado Ud. siéndolo y quizás de esta manera se muestra Ud. más ciudadano de Atenas que elaborando miel en su panal literario, aun cuando esa miel olía á flores del Himeto....! Qué lástima.

El gobierno se ha mostrado fuerte, decidido, rígido y frío, como es Waldeck-Rousseau; las elecciones de provincia le dieron inmensa mayoría y se ha puesto impávidamente frente al París municipal, como lo han estado casi siempre los gobiernos republicanos. Ha sacado de entre una balumba de interpelaciones frenéticas su proyecto de amnistía á todos cuantos han tomado parte en el asunto Dreyfus, menos á éste, que no queda completamente rehabilitado en consecuencia, pe-

ro á quien se le dejan, por ese hecho, los medios de perseguir esa rehabilitación en los tribunales. En el ataque llevado recto sobre el enemigo y á paso de carga, perdió el Ministerio al General de Gallifet, pero esto le sirvió para mostrar lo absurdo de los ataques de los nacionalistas, que acusan al gobierno de ser enemigo solapado del ejército, dando la cartera de guerra á un joven divisionario excesivamente celoso del prestigio de su clase y de una competencia de primera línea. Con esto, con quitar á su gobierno cierto barniz sectario que quizás tiene, puede Waldeck-Rousseau, clausurar la Exposición, prosiguiendo su tarea, que sus enemigos se han empeñado en no ver y justipreciar, de convertir al partido socialista, que es una fuerza enorme ya en la democracia francesa, de convertirlo, decimos, de partido revolucionario en partido de gobierno. El hecho sólo de haber intentado hacer este servicio de primer orden á la República, colocará al actual jefe del Gabinete francés en un alto puesto en la historia parlamentaria de nuestro tiempo.

Justo Sierra

DESDE PARÍS.

El Palacio luminoso Ponsin.

Cuando llega la noche, que en París es ahora una visita efímera, pues que á las 8 p. m. el crepúsculo destiñe aun sus últimas lilas en el horizonte y á las tres y media de la mañana la aurora riega ya sus primeras rosas; cuando llega la noche, digo, la Exposición, cuyo enorme recinto, que yo calculo tan grande como la ciudad de Puebla, resonó durante el inmenso día de voces y de pasos, torna silenciosa; se queda casi sola, salvo los cafés de las márgenes del Sena, sobre todo la "Feria" española donde una estudiantina y cuatro ó cinco bailarinas (muy aceptables) vuelven locos á los parisienses que deliran ante el mantón de Manila. Entonces la luz hace su aparición maravillosa. La torre Eiffel proyecta sus fuegos pálidos que trazan en el azul purísimo del cielo dos conos de luz semejantes á dos caudas de cometas, los palacios retratan sus centenares de millares de focos cabrillantes en el Sena que finje un río de colores, un iris aprisionado por algún taumaturgo en cuenca de rubíes, topacios y esmeraldas; el palacio de la Optica se incendia todo, como un estuche de pedrería, el puente Alejandro se perfila feéricamente ostentando sus impacientes pegasos de oro, el gran Palacio y el Palacete muestran sus columnadas armoniosas bañadas en plata, y el viejo París, acecha con ojos vivos el paisaje desde las ojivas de sus casas góticas. Aquello es la fiesta de la luz, el apoteosis de la electricidad; una ciudad de luz que platica con las estrellas lejanas y "flirtea" con el Sena donde dormitan, arrullados por los orquestas de los cafés, los pontones que sirven en el día de embarcaderos. Así debió ser Venecia en sus noches de gloria; así debieron verla los bateleros levantinos mientras cantaban sus querellosas barcarolas; así debieron relampaguear en otro tiempo las aguas del Bósforo. Asistimos á un ensueño de Turner ó Delacroix, á un cuento de Scherezada. Pero hay algo más bello que todas estas bellezas: el Palacio luminoso Ponsin. Este, surge de pronto en un rinconcito del campo de Marte, á la orilla de un remanso diáfano que se aduerme entre céspedes y rocas y es todo de vidrio y de cristal, iluminados interiormente por infinidad de focos. No hay manera de describir la magia de ese alcázar radiante: muros luminosos, cúpulas transparentes en que resbala la luz, arcadas de colores, balastradas de amatista, de zafiros, de turquesas; estalactitas y estalagmitas, enredando sus nitideces divinas; una inmensa concha, en fin, como se le ha llamado, repleta de perlas policromas y centelleantes de fulgor. ¿Vive ahí por ventura la soberana de las nieves? Tiene ahí su nido el idilio inefable de las hadas? ¿Pasean bajo aquellos arcanos "los pensativos y viejos califas" de Ruben Darío, á quien acabo de dar un abrazo en un café

de Mont-martre? ¡Oh Andersen, eran, pues, ciertas tus imaginaciones! No era mentira vuestra ilusión, ¡oh milagrosas leyendas danesas! Se recuerda aquellos cuentos de príncipes perdidos en las selvas, que tropiesan con palacios encantados, donde una princesa esclava de tremendos conjuros los aguarda para ser liberada por ellos y con ellos huir á través de la noche salpicada de astros, en un corcel de crines de llamas y ojos de carbunco, y se cree oír resonando bajo las bóvedas el grito de Aíadino:

—¡Quien fereá lámparas viejas por lámparas nuevas!

Mr. Ponsin el maestro vidriero autor de este prodigio de ópalos, de diamantes y esmeraldas, en que "no hay un solo rincón de sombra," ha muerto antes de ver concluida su obra, pero se ha hecho con ella un bello epitafio de luz. El palacio se compone de un salón central, coronado por una cúpula, encima de la cual relampaguea y "parece bogar en el espacio" la estatua de "Electryona," la hija del Sol, obra de la célebre artista polaca Iza Albazzi, condesa de Albazzi Kriatkowska.

El decorado y el mobiliario del palacio son también de vidrio, de vidrio los tapices sembrados de estrellas de oro, é imitando los tapices de Smyrna; de vidrio los cortinajes, los portières entretejidos



Palacio luminoso Ponsin.
Fotografía de Manuel Flores [Jr.]

de enormes flores de sol; con franjas de perlas de cristal tallado; de vidrio, por fin, los divanes en que se reposa.

Bajo el salón una fábrica de vidrio muestra al público los diversos procedimientos de esta industria, que ha podido crear una tal maravilla, pues se trabaja á la vista de todo el mundo.

De día el palacio lividece, se opaca, más apenas llega la noche, se manifiesta como al poder de una varita de virtudes; se asciende por sus escalinatas fulgurantes y se llega al centro del gran salón con la impresión de que se halla uno en el interior de una piedra preciosa, de un tabernáculo de gemas. Suena á lo lejos la música, todo radía, todo arde con igniscencias indescriptibles... y el alma maravillada de tanta bellaza, repite las palabras de los apóstoles que contemplaban extáticos en el tabor el mar de luz de la transfiguración de Cristo:

—"Señor, si quieres levantaremos aquí tres tiendas, una para tí, una para Moisés y otra para Elías y nos quedaremos en este monte para siempre.

París, Mayo 19 de 1900

Manuel Flores

Inauguración del Pabellón de México en la Exposición de París.

En el tiempo anunciado por el arquitecto Anza, y de conformidad con las instrucciones que del Gobierno general tenía el Delegado, señor de Mier, se celebró el 25 del pasado Mayo, la inau-

guración del edificio que México levantó en los amplios terrenos de la Exposición, en la capital de Francia.

El pabellón es de aspecto sencillo y elegante;

queda situado en el muelle d'Orsay, en las cercanías del Palacio de los Ejércitos de Mar y Tierra y sobre el Puente del Alma. La fachada principal da al río Sena, la que produce un excelente



efecto á primera vista, por su elegante "loggia" adornada de plantas verdes.

El estilo del edificio es neo-griego, distinguiéndose por la pureza de sus líneas principales. La longitud es de sesenta metros por veintitrés de latitud. La fachada sobre el muelle d'Orsay tiene un ancho pórtico adornado de figuras alegóricas de mármol.

En el interior, el Pabellón afecta la forma de un rectángulo que termina en dos hemicírculos, de los cuales uno ofrece una soberbia escalera de doble revolución y el otro un salón de recepciones, que es también el departamento de Bellas Artes.

El alumbrado eléctrico está muy bien distribuido en el interior del Pabellón, lo mismo que en el exterior; cuéntase para el servicio con tres mil doscientas lámparas incandescentes que alumbran perfectamente los salones y vitrinas que en ellos hay diseminados.

El Pabellón, de un color gris rosado, tiene por la parte que da al río una galería en su primer piso

nares de expositores del país. Se recordará que el primitivo proyecto del señor Anza era para un edificio de doble piso, en el que habrían cabido los millares de objetos; pero arreglos posteriores habidos entre el Comisario General de la Exposición y el Delegado de México, determinaron acortar el espacio de que se disponía para las exhibiciones, haciendo que el Pabellón presente nada más un sólo piso y el subsuelo, en el que solamente se han colocado objetos pesados.

En la galería de la izquierda se han situado las elegantes vitrinas en que descansan los objetos; la distribución de éstos ha sido correcta y permite que los visitantes puedan apreciar los variados objetos por todos sus aspectos, que viene á ser una ventaja que no tuvimos en el Certamen de 1889.

En la gran sala de la izquierda se han instalado las diversas industrias mexicanas: hilados, tejidos, estampados, papel, yute. Hay también una fábrica de tabaco establecida en pequeña escala, á donde se asiste á la confección de cigarros.

zadas con el calificativo de excelentes por los conocedores que han visitado nuestro pabellón.

Fuera del Pabellón, en la gran terraza, se levantan un precioso grupo de mármol de Jesús F. Contreras, autor de las esculturas citadas anteriormente. En el borde del pedestal de este grupo se lee la palabra Acuña. Representa la obra un ángel con las alas desplegadas, llevando en su brazo izquierdo el cuerpo inerte de un joven. Por tierra permanece una ninfa que tiene en su diestra la vida rota. El ángel "mira" la esperanza, el joven tiene en su rostro el sello del martirio.

El día de la inauguración del Pabellón hubo una gran soiré, á la que fueron invitadas distinguidas y respetables personas de la buena sociedad de París. Asistieron numerosas, entre otras, las siguientes: Príncipe Rolando Bonaparte, León y Castillo, Embajador de España, Alfredo Picard, Secretario General de la Exposición; Loze, Embajador de Francia; Gobernador de París y señora Brugere; Emilio Demagny, Consejero de Estado;



ITALIA. La erupción del Vesubio.

con nueve arcos y columnatas. En el centro se levanta el escudo de la República, perfectamente construido y dispuesto de la mejor manera para que sea perceptible desde lejos. La entrada principal está por el lado del citado muelle d'Orsay; en la fachada se ven varias plantas de México cuidadosamente conservadas y que hacen un elegante juego. Al pórtico se llega por una escalinata sencilla, y atravesado el pequeño vestíbulo se penetra en los salones interiores de que hablamos. Se destaca desde luego, ya dentro, la gran crugia que se extiende por todo el edificio; á la derecha queda el salón de Bellas Artes que indicamos al principio; á la izquierda se percibe la galería que rodea toda la construcción; los subsuelos tienen su entrada por el lado del Sena y están ocupados por la artillería, sistema mexicano, que se exhibe con orgullo.

Los miembros de la Delegación mexicana en París, han sacado todo el partido posible en la colocación de los objetos que se enviaron por los cente-

En el salón de Bellas Artes, que viene á ser el de recepción, hay varias esculturas y telas; el "Máscara de Hierro" y "Miedo," dos yesos de Nava, un artista joven pensionado por un capitalista mexicano; varios óleos y preciosos monotypes, de Martínez, un joven mexicano de mucho porvenir; trabajos de Foster, pensionado por el Gobierno mexicano; cuadros de Murillo, joven de 24 años que está estudiando en Roma la pintura, y que fué mandado á Europa por intervención del señor Presidente Díaz; primorosos paisajes de de la Torre, acuarelas de Ramos Martínez; esculturas de Guillermo Cárdenas y Agustín Ocampo; aguas fuertes de Miguel Portillo; óleos de del Valle. Ahí también se ve la preciosa estatua en bronce del mexicano Esteban Antuñani, fundador de las fábricas de tejidos en México; un precioso puño de espada, en oro, que está destinado al señor Presidente de la República; un busto en mármol de la Sra. Romero Rubio de Díaz, y varias otras obras de escultura y pintura, que han sido bauti-

Gobernador del Banco de Francia y señora; Francisco Arago y esposa, Enrique Pulet, Jefe de la Secretaría particular de Loubet; M. Pompad, Ministro Plenipotenciario Director en la Secretaría de Relaciones Extranjeras; M. Delavaud, Jefe adjunto en el Gabinete del Ministro de Relaciones; el Director de Bellas Artes y la señora Rugon; M. Chardón, Secretario General de la Exposición; M. Bonnier, Jefe de los servicios de Arquitectura; Ernesto Carnot, M. Gomot, Senador, antiguo Ministro de Agricultura; M. Le Myre de Vilers, Diputado Ministro Plenipotenciario.

El Cuerpo Diplomático estaba ampliamente representado; se encontraban los Sres. Ministros de las Repúblicas Argentina, Chile, Bolivia, Colombia, Guatemala y Ecuador, así como los Encargados de Negocios del Salvador y Uruguay. Se hacía también notar la presencia de M. de Raffalovich, Vicepresidente de la Comisión de Rusia y la de los comisionados Generales de Inglaterra, Bélgica, España, Italia, Estados Unidos, Grecia,

Noruega, Holanda, Perú, Ecuador, Hungría, Bulgaria, Persia, China, Suecia y Mónaco.

El señor Bernardo Bennier, Delegado General de México, acompañado de los adjuntos á la Delegación y Jefes de grupos de la Exposición Mexicana, recibió de la manera más cortés á sus invitados, quienes quedaron ampliamente satisfechos del "savoir faire" del distinguido grupo de mexicanos. A las once de la noche, por haber terminado en esos momentos el servicio de alumbrado eléctrico, se retiraron los invitados, manifestando su agradecimiento por las atenciones de que fueron objeto y haciendo alusión á las gratas impresiones que recibieron.

La última erupción del Vesubio.

El cable ha informado ya á nuestros lectores de la última erupción del Vesubio, registrada el 8 de Mayo próximo paasado.

Nuestro grabado representa el instante en que la lava y demás substancias en ignición que vomitó el volcán, sembraban el pánico en toda Italia y causaban destrozos, entre los cuales se cuenta la destrucción de la torre del Grecco.

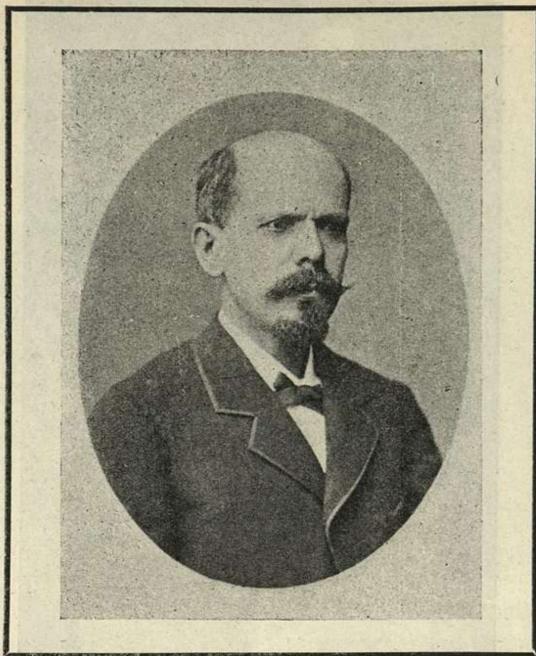
EL SR. LIC. JUSTO BENITEZ.

La Nación acaba de perder á uno de sus más leales, honrados é inteligentes servidores, con la muerte del señor Lic. Don Justo Benitez, acaecida el martes último.

El señor Licenciado Benitez nació el año de 1833 en la ciudad de Oaxaca; hizo sus estudios en el Seminario de la capital del Estado, pasando después al Instituto de Ciencias y Artes de la misma población. Algún tiempo después de haber recibido su título de abogado, fué nombrado Secretario del General en Jefe de la Comandancia Militar de la Línea de Oriente, que comprendía los Estados de Oaxaca, Veracruz, Puebla, Tabasco, Campeche, Yucatán y Chiapas, siendo el jefe el señor General Díaz, á cuyo lado sirvió por muchos años, desde la campaña de Ayutla hasta el triunfo de Tuxtepec.

Cuando el señor General Díaz entró en esta capital, el señor Benítez ejercía de Secretario general del Despacho, siendo nombrado luego Secretario de Hacienda, que fué el primero que tuvo el señor General Díaz.

Como civilista, y sobre todo, como constitucionalista, fué el señor Benítez un Abogado notable; su despacho llegó á acreditarse por los delicados negocios que patrocinó el finado. Varios



Sr. Lic. Justo Benítez.

(De fot. antigua.)

de los Abogados de los que hoy figuran en el foro nacional, buscaron constantemente las opiniones del distinguido jurisconsulto, quien se prestigió ante todos como concienzudo hombre de ciencia.

En los últimos años de su vida, el señor Benítez desempeñó el puesto de Director de la Escuela Industrial de Huérfanos de esta capital, en la que introdujo mejoras.

El señor General Díaz, amigo íntimo del finado, presidió los funerales verificados el jueves. Asistieron al acto los más encumbrados personajes y por acuerdo de la Secretaría de Guerra se hicieron al finado los honores que corresponden á los Generales de Brigada.

TÚNEZ EN LA EXPOSICIÓN.

De todas las secciones de la exposición colonial francesa, instaladas en el Trocadero, la de Túnez es, sin contradicción, la más importante, tanto bajo el punto de vista de los esfuerzos emprendidos, como por los resultados alcanzados.

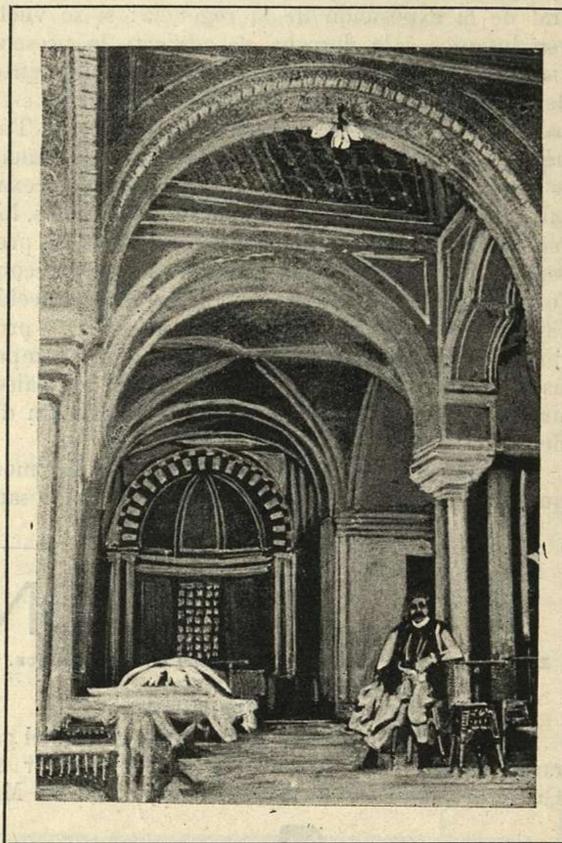
La visita á esta exposición, demuestra, en seguida, las ventajas de una administración tutelar, como la de los países en protectorado, en oposición con la administración, frecuentemente opresiva, de las colonias de posesión.

La exposición tuneciana se acaba de inaugurar por M. Delcassé, Ministro de Negocios Extranjeros, acompañado de los S. S. Beat y Delavaud,

Jefes de su Gabinete. Los honores de las diversas secciones de esta exposición, fueron hechos por M. René Millet, residente general de Francia, en Túnez, y M. Julio Charles-Roux, comisario general de la exposición colonial.

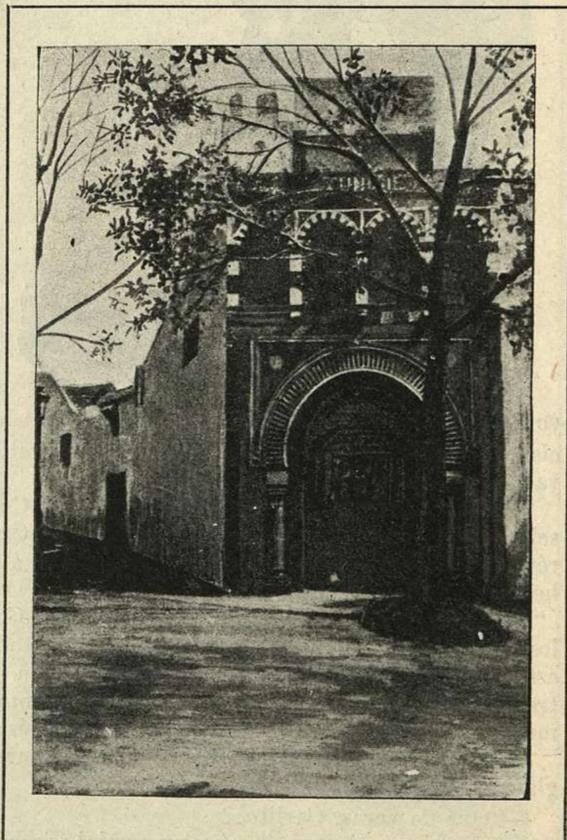
Túnez ocupa en el Trocadero, no lejos de la Argelia y muy cerca del pasillo que da acceso al Puente de Jena, un largo espacio accidentado y, desgraciadamente, un poco más lleno de árboles de lo que se podía esperar. El terreno concedido alcanza casi la cifra de 5,000 metros.

En este espacio es donde el hábil y eminente arquitecto M. Saladin, encargado ya de Túnez en 1889, ha sabido colocar las reproducciones más curiosas y fieles de los principales monumentos tunecinos.



El Pabellón de la Manouba.

La organización, propiamente dicha, de la exposición tunecina, ha sido confiada al Dr. Loir, Director del Instituto Pasteur en Túnez, Comisario ayudado por inteligentes colaboradores. Al revés de lo que se hizo con la Argelia, en la exposición tunecina no se separó la parte comercial



Fuerta de Sousse.

de la expresada exposición, de la parte técnica, lo que da más vida á esta sección.

Cuando se penetra en el recinto de Túnez por la puerta que da sobre la larga vía que le separa



Inauguración de la Exposición de Túnez.

de la sección argelina, se encuentra el visitante en el interior de una casa del Sur, semejante á las que existen en Tozeur, y muy curiosa por su ornamentación, debida exclusivamente á la ingeniosa disposición de los ladrillos que han servido para la construcción. En un costado, las tiendas ofrecen al público las últimas muestras del arte tunecino, del otro, se presenta la exposición de la pesca y la de las minas y canteras.

Conocida es la importancia de la pesca en Túnez, donde los pescadores franceses é italianos rivalizan por asegurarse la mayor parte del aprovisionamiento de los departamentos meridionales de la Francia, y de las costas italianas, aprovisionamiento que consiste, en su mayor parte, en conservas de sardinas y de atún.

Este pabellón es, por decirlo así, el punto central de la exposición de la regencia: si se vuelven los ojos á la derecha, se advierte la presencia de una basta escalera que da acceso al recinto de la "mosquee" de Sidi-Mahrés en Túnez; en este palacio es donde se alojan las exposiciones de Túnez, y salta desde luego á la vista la importancia de las grandes empresas agrícolas. Cuando se examinan, en el interior de los aparadores y urnas, los planos de las explotaciones y los dominios, se presencia un espectáculo á la vez interesante y reconfortante, observando aquellos millares de hectáras, incultas hace veinte años, ahora fértiles y productivas, gracias á la colonización que se acompaña de grandes capitales, pues ni aun en los países nuevos se puede crear ó hacer cosa alguna sin dinero.

En una pieza vecina á la gran nave de la "mosquee," detiene á muchos visitantes la interesan-



Estátuas recientemente inauguradas.

tísima exposición de la Escuela Colonial, debiendo señarlarse entre ella la, por extremo modesta, del Instituto Pasteur en Túnez.

En fin, antes de dejar el ala del palacio, se penetra en un vasto salón, donde están expuestos los productos consumidos por Túnez, y los objetos fabricados por esta colonia, susceptibles de exportación; es este uno de los más curiosos ejemplos que la Dirección de la Agricultura y del Comer-

cio tunecino da á las colonias: sobre pizarrones, á la vista del público, se concentran todos los documentos que pueden ilustrar á los que desean emprender el cultivo ó comercio con Túnez; generalmente se tiene allí un empleado á disposición del público, para dar, verbalmente, informes complementarios. Dado el número, siempre en aumento, de los visitantes que consultan estos documentos, todo hace presagiar que la colonia obtendrá, por esta organización, muy buenos resultados. Insensiblemente deja el visitante la "mosquee" de Sidi-Mahres, y se encuentra en la sala de la exposición árabe, cuya organización ha sido confiada al maestro acua-fuertista Sadoux, á quien se deben los dos panoramas que decoran los muros de la gran "mosquee." En fin, dejando el arte un poco bárbaro, pero original, de los Arabes, se penetra en el santuario del Arte antiguo, esto es, en la sala de las Antigüedades.

En el centro de la sala se concentran los modelos y planos en relieve, admirablemente ejecutados, de los diversos monumentos sacados á luz por las excavaciones.

Desde luego Dougga, la gran ciudad romana, se nos aparece con su templo del Capitolio, en líneas puras, su teatro de innumerables gradas, tan bien conservadas, al menos en la parte baja, y en fin, todos los palacios, constituyen una notable aglomeración de ruinas, que han debido ser de una gran ciudad.

El arquitecto de la sección tunecina ha sido el autor de la mayor parte de estas exactas reconstrucciones y reducciones de una verdad asombrosa de los admirables vestigios de civilizaciones desaparecidas.

ACCIONES HERÓICAS MEXICANAS.

De la obra "Los traidores pintados por sí mismos."
La plaza de Querétaro
entregada por Maximiliano.

Leemos esta nota en la página 163, en que el general Mariano Escobedo dice que, al entrar en Querétaro las fuerzas republicanas, el 15 de Ma-

neral Castillo, embozado en su capa, y el cual pareció quedar libre, pues partió solo enteramente á la calle.

"¿Pues qué habrá pasado con el sentenciado á muerte? se preguntaban unos á los otros los soldados de la guardia. Pronto cundió la noticia del



yo de 1867, las imperiales se dirigían en tropel hacia el cerro de las Campanas, donde se encontraban ya los generales Mejía y Castillo.

"El general Severo del Castillo, juzgado en Consejo de Guerra, fué sentenciado á muerte, en Querétaro, donde no tenía de su familia más que á su hermano de madre, Don Antonio Verguido.

"Ya en capilla, manifestó al teniente coronel Carlos Fuero, jefe del 50. Batallón, á cuya custodia estaba y á quien debía grandes servicios, que en ese trance mucho sentía no poder arreglar personalmente ciertos negocios particulares de interés.

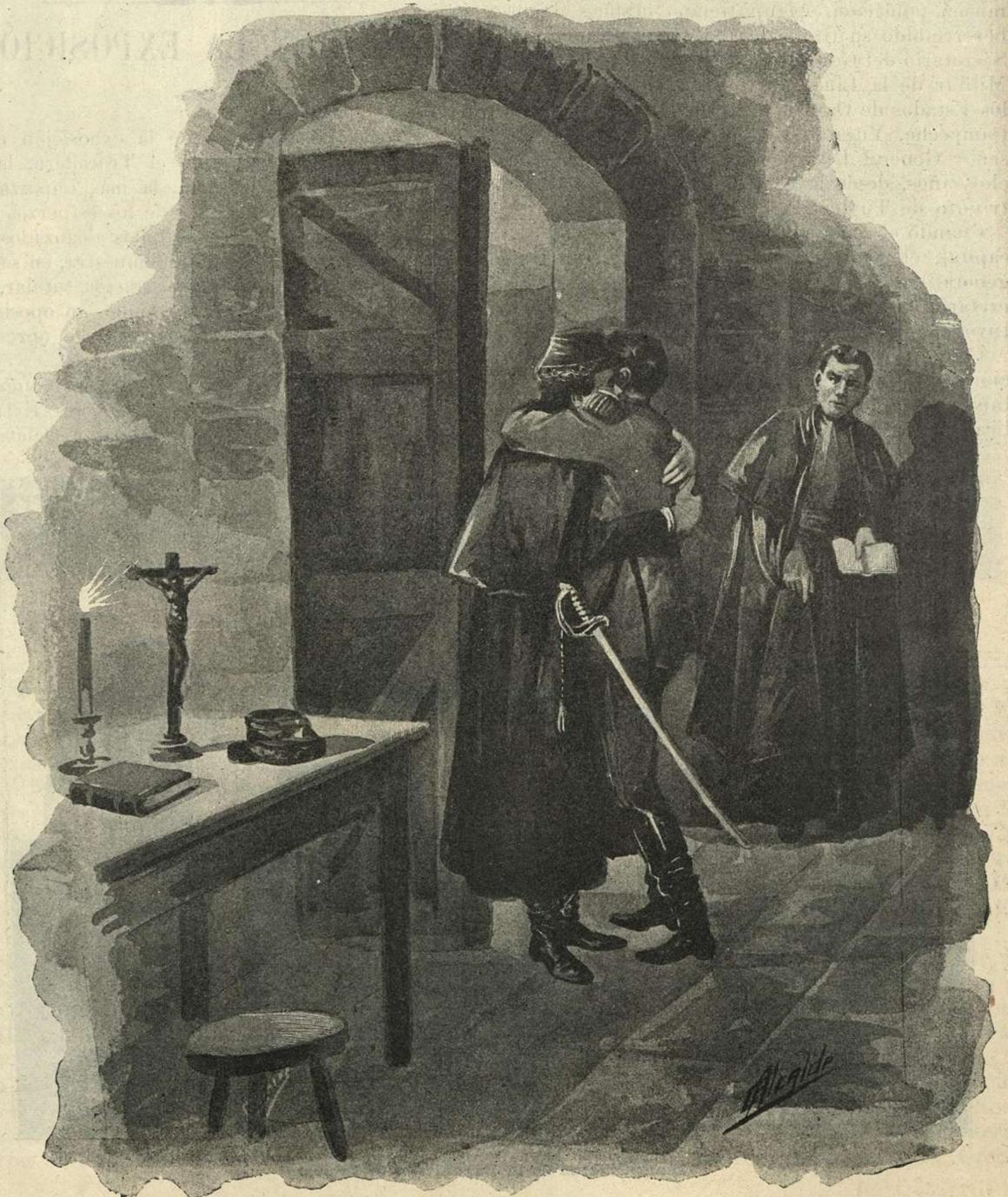
—"Si usted quiere, general, puede salir á arreglarlos, dijo Fuero.

—"Qué de veras, Carlitos?

—"Fuero no tiene más que una palabra: bajo mi responsabilidad queda usted libre. Yo me quedo acá en su lugar, en capilla, hasta que usted venga.

—"Una hora me basta: volveré á las nueve.

"Eran las ocho de la noche, cuando la guardia se quedó asombrada al ver que el subteniente Onofre Masón conducía hasta la puerta del cuartel al ge-



rasgo del jefe del batallón y todo el mundo, con pasmo é inquietud, contaba hasta los minutos en espera del general Castillo. La mayoría creía que no volvería. A las nueve en punto se le vió entrar en el cuartel. En la pieza que le servía de capilla, esperaba el teniente coronel Fuero; quien conversaba con el Padre que prestaba los auxilios espirituales al sentenciado. Este, al ver á Fuero muy conmovido le abrazó, exclamando:

—“Carlitos, usted ha sido el mayor de mis amigos: el servicio que me ha prestado es tan grande, que no tiene recompensa en la tierra.

“Los jefes y oficiales del batallón, esa misma noche, acordaron felicitar á su jefe, por su nobleza y valor incomparables. En la contestación que dió á sus subordinados, trató de lo que son la amistad y la gratitud y de lo que debe ser el vencedor, y terminó con esta frase: “¡Ay del vencido cuando llegan á ser su verdugo los vencedores!”

“Al día siguiente, Fuero se presentó al general Escobedo.

—He hecho una barbaridad—le dijo—y refirió el caso.

“Retírese usted—prorrumpió Escobedo—luego de haberle escuchado.

“El general Castillo fué indultado por el presidente de la República, gracias á Don Sebastián Lerdo de Tejada. Se le impuso diez años de prisión que sufriría en el Castillo de San Juan de Ulúa; pero transcurrido un año, un decreto de amnistía le favoreció, y salió libre.

“Era de Guadalajara y falleció de tuberculosis, en México, el 24 de Mayo de 1872.”



Leemos en la página 111, en una entrevista que el comentador, Don Angel Pola, tuvo con el general Mariano Escobedo sobre el tratamiento de los prisioneros.

—“¿Es cierto, general, que tuvo usted amistad con Mejía?

—“Es exacto, pues aunque pertenecemos á varios partidos, el año 60, dos veces derroté á las fuerzas del general Mejía, haciéndoles un fuerte número de prisioneros, que puse en libertad sin condi-



ción ninguna. En un combate fuí derrotado y hecho prisionero por el antes dicho general; y no obstante el empeño que tenían Marquez y otros jefes en que se me fusilaría, Mejía y los serranos se opusieron, por esto y más tarde, en los dos sitios que puse á Matamoros, antes de principiar mis operaciones, intimaba la rendición de la plaza, y salía Mejía á hablar conmigo, y no pudiendo nunca estar de acuerdo, nos separábamos, abrazándonos para batirnos. En Querétaro, tanto al Archiduque como al General Castillo y demás jefes, los traté con caballerosidad; y de una manera especial á Mejía, y estuve dispuesto á hacer cuanto fuera posible en su obsequio. El 17 de Mayo, una persona de mi familia pasó á hablar con el general Mejía, á ofrecerle cuanto pudiera necesitar. Mejía contestó que de pronto nada necesitaba y que correría la

suerte del Emperador. El 18 fuí personalmente á hacerle una visita y le signifiqué mi deseo para que fuera á San Luis á presentarse al Gobierno, en la seguridad de que sería tratado de la manera más caballerosa. Por toda contestación me dijo:

—“El Emperador, ¿qué suerte correrá?

—“Espero de un momento á otros órdenes del Gobierno, le contesté; y creo que éstas no serán benignas para los jefes superiores.

—“Estoy rsuelto á seguir la suerte del Emperador.

—“Quizá en este momento, por el telégrafo, se me den órdenes que, por severas que sean, tengo que cumplirlas. Como hasta ahora no las recibo, obraré como crea conveniente. Estoy en disposición de salvar á usted sin condición ninguna; pero usted no debe ponérmelas á mí.

“Me paré, hizo otro tanto el general Mejía, y me estrechó la mano entre las suyas.

“Debo—me dijo—atenciones y confianza al Emperador y correré su suerte.”

Caída la plaza de Querétaro en poder del ejército republicano, el general Escobedo habló de la memorable jornada con Don Benito Juárez, á su paso por esa ciudad, en presencia de Don Sebastián Lerdo de Tejada y Don José M. Iglesias, y puso en su conocimiento que había un secreto en lo relativo á las últimas operaciones militares. Don Benito nada pretendió que se le revelase.

—Pero hay otro secreto, prosiguió Escobedo, que sí me pertenece, porque es mío, y puedo comunicar á usted.

—Veamos.

—Yo quise salvar á Mejía: le ofrecí la vida, porque le debía atenciones y grandes favores.

—¿Y qué contestó?

—Me preguntó cuál sería la suerte de Maximiliano; y como en mis palabras advirtiese la verdad, me dijo terminantemente que no aceptaba nada y que correría la suerte de sus compañeros de infortunio.

Juárez quedó pensativo un momento y en seguida prorrumpió:

—¿Era indio y era leal!

—No le insistí más—continuó Escobedo—por que en su lugar yo hubiese hecho lo mismo.



MAXIMILIANO RECIBE LA ORDEN DE MARCHAR AL PATÍBULO.

Apunte al carbón por J. Pacheco.
según los datos históricos del Dr. Agustín Rívra.

LOS COMPLEMENTOS DE LA PINTURA.



Retrato colocado en cuadro dorado.

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO A GUY DE MAUPASSANT.

Acaba de inaugurarse en Rouen, Francia, en la plaza de Solferino, un monumento erigido en memoria del gran escritor Guy de Maupassant, por iniciativa de un comité local constituido bajo la presidencia de M. Gaston Le Breton, director de los museos de la ciudad y miembro correspondiente del Instituto.

Sobre una esbelta columna de granito, decorada por una palma, admirable trabajo de cincel hecho por M. Fernando Marrou, célebre maestro escultor de Rouen, miembro del jurado de la Exposición de 1900, se yergue el busto del gran novelista, obra de M. Raoul Verlet, autor del monumento á Maupassant, erigido en 1897 en París, en el Parque Monceau, y laureado con medalla de honor en el Salón de escultura de este año.

El Comité, en su programa, no ha descuidado nada para dar á esta fiesta literaria todo el brillo que merece, resultando la ceremonia inaugural de una admirable suntuosidad.

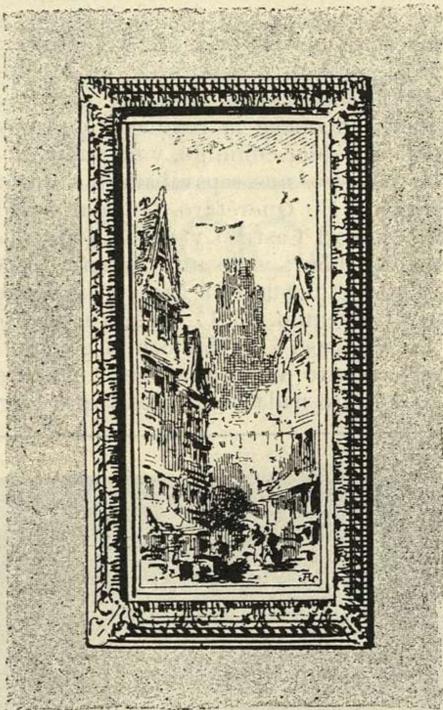


Uno de los críticos de arte más sólidos, Carlos Blanc, inició hace algún tiempo y en uno de sus hermosos libros sobre el nobilísimo arte de la pintura, la idea de que una vez concluido y firmado el lienzo, aún no se podía poner punto final á la misión del Arte.

La operación de encuadrar una pintura debe obedecer no al capricho simplemente, como lo cree la mayoría de esos "snobs" que cuentan cuadros como quien cuenta cabezas de ganado, sino está sujeto á varias condiciones esenciales dictadas por las leyes del sentimiento.

No se puede negar que la moda tiene voz en el asunto, y que aún en el Arté ha implantado su estandarte todopoderoso; pero también hay que tener en cuenta que muy á menudo y aún cuando no lo parezca la moda misma, se inspira en la estética y tiende á producir conjuntos armónicos. La moda, estudiada en los marcos, por ejemplo, sigue muy de cerca la evolución artística de las épocas y no es ella misma sino sus exajeraciones las que atraen alguna vez el ridículo y la fealdad.

En la Edad Media no se conocían los marcos y las pinturas, en vez de colgarse cual se estilaba en nuestros días, se apoyaban sin marco alguno con-



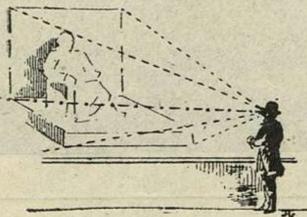
Cuadro alto.

tra columnas, capiteles ó muros, ó bien se afianzaban á volantes, como aún se conservan algunas en ciertos museos europeos.

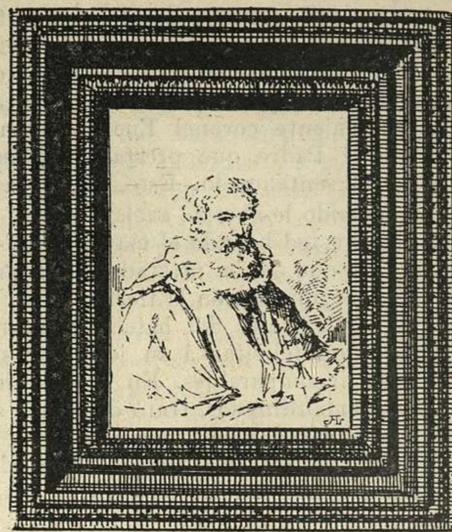
En el siglo XVI empezóse á encuadrar las pinturas, colgándolas sobre fondos tapizados de ricas telas ó de cuero de Córdoba. A las veces se las ponía entre columnas de fino trabajo arquitectónico, con objeto de formarles un cuadro grandioso que contribuyese á hacer resaltar su belleza.

Poco después surgió el marco propiamente dicho, y fué sufriendo paulatinas modificaciones, según los gustos de las épocas, pero armonizando casi siempre con la índole de la pintura reinante.

De esa manera vemos el marco algún tanto pesado en tiempos de Luis XIII, y bajo Luis XIV tórnase suntuoso y magestuoso; Luis XV le imprime su propio espíritu caprichoso y ligero, que se corrige más tarde bajo Luis XVI, sin perder, no obstante, cierto carácter frívolo que se manifiesta en los múltiples tallados, nudos y guirnaldas que ornaban los marcos de la época. El Imperio



Efecto de perspectiva de un cuadro á la altura prevista por el artista.

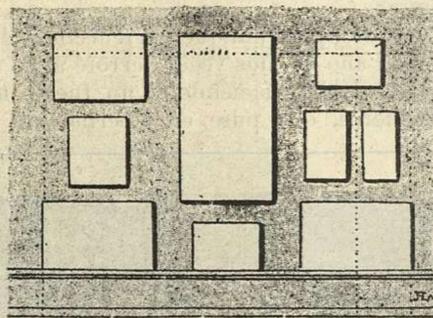


Efecto comparativo de un retrato colocado en cuadro dorado con ancha moldura sombreada.

se acordó del clasicismo en todas sus manifestaciones artísticas, y por eso vemos que en sus marcos aparecen de nuevo ciertas líneas y adornos de la antigüedad. Después de esa época, no hay ya "estilo" propiamente dicho en los marcos y sí se advierte una marcada tendencia hacia la severidad y sobriedad.

Es claro que como base para encuadrar propiamente, un cuadro en nuestros días, debe servir ante todo la índole de la pintura misma, procurando que el marco pertenezca á la época que el cuadro reproduce. Pero aparte de esa consideración, hay ciertas reglas generales, que es preciso tener presentes cuando se procede á encuadrar un lienzo.

Un pintor amigo nuestro, dice que un cuadro



Disposición de 9 cuadros sobre un «panneau» cuando se pueden aislar los cuadros.

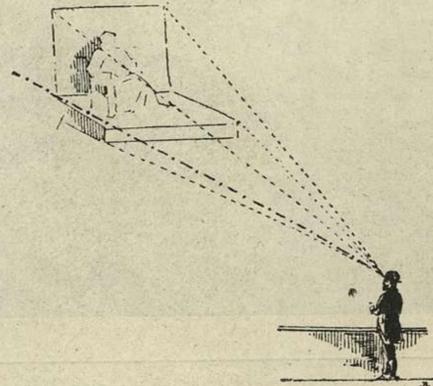
sin marco, es como una mujer que aún no ha hecho "toilette," y que del mismo modo que la mujer escoje el traje más propicio á su género de belleza, el artista debe pensar mucho en la elección del cuadro más favorable á su pintura.

¡Y cuántos grandes pintores modernos no dan los últimos toques sino hasta que el lienzo está dentro de su marco!

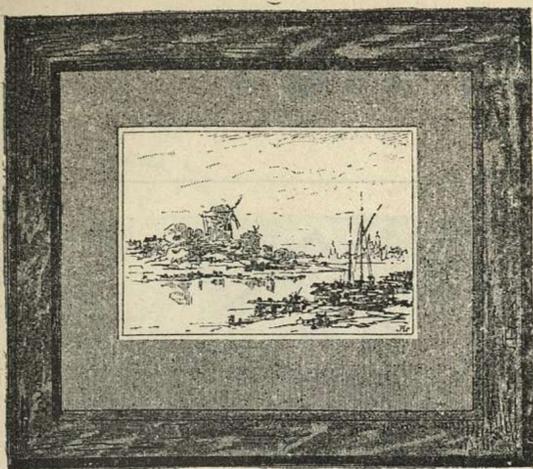
Hay, primeramente, dos principios contrarios, ambos aplicables al arte de encuadrar: ó se procede "por semejanza" ó "por contraste."

Una escena campestre, pongamos por caso, puede encuadrarse ó en un marco muy sencillo ó en uno muy rico. En el primer caso habrá armonía, y la obra tendrá gran unidad; en el segundo, empero, la placidez del paisaje, "se destacará," se desprenderá con mayor vigor é intensidad.

Basta fijarse en los grabados que acompaña-



Efecto de perspectiva de un cuadro colocado muy alto.



Efecto de un margen negro sobre un dibujo de una tonalidad clara.

mos para convencerse de la influencia que el marco ejerce sobre la pintura y de la importancia que para ésta reviste el arte de encuadrar. Un retrato encuadrado en un marco angosto y claro, parecerá más grande. Si se le encuadra en molduras anchas, pesadas y sombrías, aparecerá más majestuoso y severo. En tales casos, se debe tener en cuenta el destino que va á tener la pintura. El primer marco conviene para un salón, el segundo para una biblioteca.

Tratándose de acuarelas y de pasteles, hay que fijarse especialmente en el margen que han de llevar. Un cartón pequeño puede llevar gran margen, hasta el triple de su ancho. Un margen mayor, aunque aceptado por muchos coleccionadores, nos parece que ya deprime la obra.

Mucho contribuye también al efecto general de una acuarela, el color dominante del margen ó "passe-porttout" en relación con la tonalidad de la obra.

El margen claro hacer resaltar el vigor de un dibujo ó de un grabado y debe emplearse tam-

bién en las pinturas al claro-oscuro, y en todas aquellas en que dominen los colores sombríos. Para el claro-oscuro es preferible, no obstante, el margen azulado, inventado por el coleccionador Mariette, pues tiene la ventaja de que al propio tiempo que ayuda al vigor del dibujo, hace valer, en todos sus detalles, á los claros de éste.

Tomando como ejemplo un pequeño paisaje crepuscular, veremos que un margen de color semejante á las medias tintas de la obra, dará un aspecto demasiado uniforme al cuadro y se perderá un buen número de sus buenos detalles; pero un margen blanco ó ligeramente azulado, hará valer la intensidad del tono del original. Diremos, en fin, que la excesiva anchura del margen, de cualquier color que éste sea, sólo es aplicable á originales pequeños, pues de otra manera el cuadro nos haría efecto de contener demasiado "sobrante," y por lo demás, sería inútil, en vista de que el tamaño del original permitirá concentrar en él "toda" la atención de quien le mirase.

Hay otro punto en que es preciso fijarse: hay perfiles de cuadro que hacen resaltar el plano de la pintura, que lo acercan, y hay otros que lo alejan del espectador y que parecen incrustarlo dentro del muro de que está pendiente. Importa, pues, estudiar bien la pintura, para encontrar el perfil de cuadro que más le conviene, en relación siempre con sus exigencias y condiciones de perspectiva.

Complemento del arte de encuadrar, es el arte de exponer, y éste tiene aplicación tanto á la elección del lugar que ha de ocupar un cuadro en una casa, como á la disposición general en las Exposiciones públicas. Podemos advertir de paso, que en las pocas Exposiciones pictóricas, que suelen verificarse en México, muy pocas veces se ha dado la atención necesaria al "modo" de presentar y colocar los cuadros.

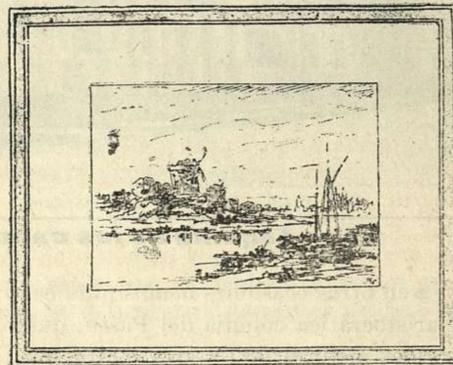
No cabe duda de que el aislamiento es la mejor manera de hacer valer un cuadro. Champfleury ha repetido que en una casa, jamás se debe colocar

más de un cuadro en cada espacio de muro. Es evidente que si se considera á un paisaje ó á una marina como un espacio abierto sobre el horizonte, como una ventana, tendrá que ser incontestable el efecto de concentración producido por una sola obra. Mas por desgracia, no siempre se dispone de suficiente lugar para poder aplicar esa teoría.

Aún en las Exposiciones se advierte á menudo un excesivo hacinamiento de cuadros, cuyos marcos se tocan y producen el peor efecto, sacrificando gran parte del valor de cada uno de los cuadros.

Es preferible, para evitarlo, sacrificar el número de cuadros para aprovechar mejor el espacio, de que se dispone, tanto más cuanto que, esforzándose por aprovecharlo de la manera más racional, es relativamente insignificante el aumento de espacio que se necesita para poner los cuadros separados, como puede verse en el ejemplo gráfico que representa nuestro grabado.

Excusemos decir, por último, que es absoluta-



Efecto de un margen blanco sobre un dibujo de una tonalidad clara.

mente indispensable colocar los cuadros á la altura prevista por el pintor, pues de otra manera tendrá que alterarse el efecto de perspectiva, á causa de la alteración del ángulo visual.

OSCAR HERZ



Casa núm. 4 de la tercera del Ciprés.--Proyecto, construcción y propiedad del Sr. Coronel de Ingenieros D. Adolfo M. de Obregón.

México Moderno.



Esquina de las calles de Viena y de Londres.



Casa del Sr. Smith, en la Avenida de Londres.

Ya en otras ocasiones hemos publicado en esta sección algunos edificios de la aristocrática colonia del Paseo, que es ya, sin la menor duda, uno de los rumbos mejores de nuestra metrópoli, tanto por el buen clima de aquella parte de la ciudad, como por los preciosos edificios que se han construido en sus terrenos.

Entre estos edificios, los que hoy reproducimos en nuestros grabados, no necesitan nuestro encomio: basta verlos para descubrir en ellos el buen gusto y originalidad de estilo, que por otra parte es apropiado al paraje semi campestre, donde se ha fundado la colonia.

El Ingeniero contratista, señor C. C. Lamm, ha sido el encargado de la construcción de estos edificios, que no son los únicos confiados á él, pues hay otros varios que se le han encargado en la misma colonia, que repetimos, será uno de los parajes más hermosos de nuestra capital.

Los terrenos de la colonia están vendidos casi en su totalidad, y los propietarios, todas personas acaudaladas, es seguro que harán construir sobre ellos los más notables edificios, puesto que se ha iniciado allí casi una competencia de buen gusto, elegancia, solidez y comodidad en las construcciones.



Casas núms. 104 y 106 de la Avenida de Madrid, propiedad del Sr. Lic. Pedro Lascurain



Fachada de la casa del Sr. Lic. Pedro Lascurain, con vista á la Reforma.

CASAS CONSTRUIDAS
EN LA

Colonia del Paseo

POR EL CONTRATISTA

Sr. C. C. Lamm.

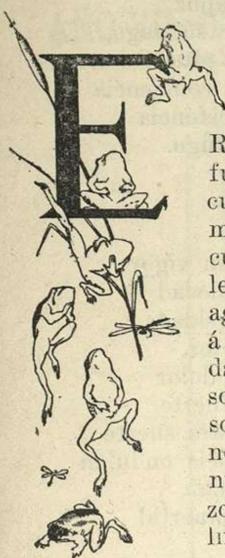


Casa del Sr. F. P. Hoeck, en la calle de Dinamarca.



Esquina de Madrid y calle de París, casa del Sr. E. Orrin

EL SAPO



ERASE un pozo de los más profundos, y había en él una cuerda dando vueltas á la polea para sacar un cubo de agua. Cuando el cubo llegaba á la boca del pozo, apenas quedaban fuerzas para colocarlo sobre el brocal. Los rayos del sol, por más que lo deseaban, no habían podido penetrar nunca hasta el fondo del pozo, y era el agua tan cristalina, que bien hubieran querido mirarse en ella; pero todo lo

más alcanzaban un trozo de las paredes cubiertas de musgo y diversas plantas, que crecían entre las juntas de las piedras.

Moraba dentro del pozo una familia de sapos, habiendo sido la abuela la primera que, á pesar suyo, se fué á vivir en el fondo, un día que pretendiendo atravesar el pozo de un salto, se quedó corta, cayendo de cabeza al agua. La pobre vieja vivía aún. En el pozo encontré con una bandada de ranas verdes, de las cuales se dió á conocer como prima algo lejana.

El sapo hembra tuvo una hija, que un día se dejó pescar en el cubo, habiendo subido hasta muy cerca de la boca; pero deslumbrada por la luz del día, se espantó tanto, que de un salto se escabulló, cayendo de nuevo al fondo del pozo, con terrible estrépito. Por cierto que pasó tres días con fuertes dolores en la espalda. A pesar de que no había visto nada, le hubiera sido muy fácil contar, según costumbre, el oro y el moro de lo que pasaba por allá arriba; pero con la mayor buena fe confesó que no había apercibido nada enteramente. Lo único que había averiguado, y así lo participó á toda la compañía, es que el mundo entero no se limitaba á su pozo, como antes creían todos. Todos menos la abuela, la cual si bien abría podido describir algo de lo que ocurría fuera del pozo, como tenía su migaja de conciencia, se guardaba muy bien de hablar de los estanques y charcas en que había pasado tan agradablemente una buena parte de su juventud. Por nada del mundo quería dar á sus amigos inútiles pesares.

Para matar el tiempo, ranas y sapos, murmuraban unos de otros.—“¡Qué gordiflona, qué záfia y qué fea es la madre de los sapos! decían un día dos ranas jóvenes. Sus hijos serán tan horribles como ella.

—“Es posible, contestó la aludida, que escuchaba lo que decían. Pero horribles y todo, uno de ellos tendrá una piedra preciosa en la cabeza, á menos que no la tenga yo misma.”

En efecto, ningún hombre del pueblo ignora, por lo menos en los países del Norte, que de cuando en cuando se encuentra un soberbio diamante en la cabeza de los sapos.

Las ranas, envidiosas por lo que acababan de oír, agitaron la cabeza, se pusieron de hocico y se alejaron. En cambio, los sapos jóvenes, hinchándose de orgullo, ante la idea de poseer cada uno la piedra preciosa, levantaron la suya, cual cumple á los seres privilegiados. Por fin, hubo uno que pidió pormenores exactos sobre esa piedra preciosa de que todos se envidiaban.

—“Es algo como una cosa magnífica é inapreciable, dijo la madre. Pero, hijos míos, se necesita más elocuencia de la que yo poseo para describirla dignamente. Contentaos con saber que por ello todo el mundo os envidia.”

—“Pues yo no seré la que posea esa piedra preciosa, contestó el sapo más joven, que era hembra y por añadidura feo que daba miedo. ¿Y por qué he de querer yo una piedra preciosa? Lo que da enfado á los demás á mí no me gusta. Lo único que deseo ardientemente es subir hasta la boca del pozo y ver lo que pasa por allá arriba. Un secreto instinto me dice que vería cosas muy bellas.

—“Guárdate de subir, hija mía, dijo la abuela. Aquí pasas una vida tranquila y regalona, sin que tengas que guardarte más que del cubo que podría aplastarte. Que no te pase nunca por las mientes meterte en él, pues correrías el peligro de caerte, y no todo el mundo tiene la suerte que tuve yo de salir bien librada con una enfosadura.”

—“Cuac, cuac,” repuso el sapo, lo que en su idioma vale tanto como nuestro “¡Oh! ¡oh!”

Pero el deseo podía más en él que su voluntad, y no pensaba en otra cosa que en salir del pozo. La luz le atraía, sin conocerla, y al día siguiente cuando bajó el cubo, cayendo cerca de la piedra en que á la sazón se encontraba, sintió en todo su sér un fuerte estremecimiento y saltó dentro, sin darse cuenta exacta de lo que hacía.

El cubo subió en seguida, y un mozo de labranza al ir á cogerlo para verter el agua en una tina, apercibiéndose del sapo, exclamó:

—“¡Carape! Há tiempo que no había visto nada tan asqueroso.”

Y de un patada trató de aplastar al sapo bajo el zueco que calzaba; pero erró el golpe, y el animal se escabulló y fué á esconderse entre unas ortigas que crecían allí cerca, formando una enmarañada espesura de tallos y hojas. El sapo levantó la cabeza, y á través de las matas apercibió la luz del astro del día, quedando de ella tan prendado, como nosotros mismos cuando nos encontramos dentro de un grandioso bosque y apercibimos los rayos del sol filtrando á través de las ramas y el follaje, lo cual nos produce siempre una especie de emoción misteriosa.

—“Cuánto más bello es esto que el pozo! exclamaba. De buena gana pasaría aquí mi vida entera.” Y en efecto, permaneció una hora en aquel sitio, y tras de la primera una segunda; pero luego reflexionó, que ya que había comenzado sus aventuras, debía explorar el nuevo mundo á que se lanzara. Y poniendo en práctica sus pensamientos, llegó brincoteando hasta la polvorienta carretera, sobre la cual arrojaba el sol sus centellantes rayos. No hizo el sapo más que atravesarla y se quedó cubierto de una espesa capa de polvo, sensación nueva, aunque muy poco agradable, por lo que se apresuró á llegar á la cuneta, llena de lirios y no me olvides, tras de la cual se levantaba una mata de oxiantó, entremezclada con saucos enguirnaldados de floridas enredaderas. Revoloteaba por el aire una bandada de mariposas, que el sapo tomó por flores desprendidas de sus tallos para correr mundo, cuyo hecho le parecía muy natural. —“¡Oh si yo pudiese volar como ellas! ¡Cuac, cuac!” ¡Cuán feliz sería!”

Ocho días y ocho noches permaneció en la zanja, en donde encontró alimento sabroso y abundante. Al noveno día se dijo:—“Adelante. . . . Debo ir más lejos.” ¡Ah! echaba á menos la compañía, necesitaba dar con una honrada familia de sapos, ó en último caso con algunas ranas verdes, sus primas.

—Conozco que aquí es muy grata la existencia, se decía; pero al cabo la naturaleza más espléndida, por sí sola acaba por producir tedio. Yo desearía hallarme con alguno de mis semejantes con quien pudiera conversar.”

Se puso en marcha, y después de atravesar algunos campos, llegó á un grande estanque circundado de juncos.

—“Bien venido seas, le dijo una rana: tal vez habrá para tí demasiada humedad. . . . En fin, como quieras. Haremos cuanto podamos para recibirte bien.

Aspirando siempre á una cosa mejor, el pequeño sapo prosiguió al día siguiente su marcha, y acostumbrados va sus ojos á la luz, admiraba el cielo estrellado y la luna en su lleno. Sin embargo, lo que le extasiaba sobre todo, era el sol, cuya salida contemplaba todos los días, viéndole subir, subir siempre en el espacio.

—“Si estaré metido dentro de un pozo,” pensaba.

“Sin duda que sí con la sola diferencia de que éste es más vasto que el primero. ¡Ay de mí!

¡Cuánto me gustaría poderme dirigir hacia ese hermoso espacio azulado! Ese deseo me atormenta, me consume.”

Y contemplando la luna, el pobre animalillo creía en su ingénita sencillez que no era más que un hermoso cubo de cobre reluciente á punto de bajar hasta la tierra, dentro del cual él podría meterse para ir más arriba.

—“Pero no, pensaba en seguida: el cubo que va al cielo no puede ser otro que el sol. ¡Cómo reluce! Ahora baja. No hay más, yo espiaré la ocasión de introducirme en él. ¡Oh! la luz! Yo la adoro, y hasta se me figura á veces que alguna cosa luce en mi frente con más brillo que la célebre piedra preciosa de que hablaba mi abuela. Conozco que esa piedra no la tengo; pero tampoco la deseo. Lo único que anhelo es subir hasta la luz y anegarme en ella. ¡Ea! ¡Valor y adelante! Siempre de frente, sin retroceder un paso. ¡Y cómo late mi corazón, al partir para ese prolongado viaje!”

Lleno de decisión, se puso á saltar con toda la prisa que era capaz, viniendo á pasar por un lugar habitado. Se detuvo para descansar un rato en una huerta.

—“¡Cuántas cosas nuevas descubro sin cesar! pensaba. El mundo es vasto y magnífico y debo felicitarme de no haberme quedado en el pozo. ¡Qué hermosa verdura y qué sitio tan fresco y regalado!”

—“¿A quién se lo cuentas? le dijo una oruga anidada en una col. Esto es el paraíso, y mi hoja es la mayor de todas: con ella puedo prescindir del resto del mundo.”

—“¡Gluc, gluc!” se oyó por allí cerca. Era una bandada de gallinas que andaban picoteando por el huerto. La que marchaba delante tenía muy buena vista y se apercibió de la oruga; se lanzó corriendo hacia ella y del primer picotazo la tiró al suelo. La oruga, después de culebrear un rato, se enroscó, en tanto que la gallina iba mirándola primero con un ojo y luego con el otro, esperando á ver en qué pararía aquella serie de contorsiones.—“Acabemos,” dijo después de un breve instante, y adelantó el pico para pillarla y engullirla.

Pero el sapo, movido á compasión, avanzó de un salto corriendo en sccorro de la oruga; y la gallina, sobrecogida de espanto ante tan brusca aparición, volvió grupas y huyó cacareando:—“¡Qué animal tan horrible? No, decididamente, yo no he de comerme esa oruga, que después de todo tiene unos pees que me harían cosquillas en el gazonate.”

—“¿Has notado qué serenidad la mía? preguntó la oruga apenas se vió libre. ¿Has visto cómo me las he compuesto para librarme de ese mónstruo? Pero esto no basta: ahora será preciso que encuentre de nuevo la hoja de col, que es mi bien y mi tesoro.”

El sapo se acercó á la oruga felicitándola por haber escapado á una muerte cierta, y felicitándose á sí mismo, por haber espantado á la gallina con su fealdad.

—“¡Qué estás diciendo! repuso la oruga. Sabe que si he salido de apuros, á mí misma lo debo: la gallina se ha espantado de mis contorsiones. Por otra parte, tienes razón, eres bastante feo. Calla! He husmeado mi col. Con que, abur! Voy á encaramarme en busca de mi hoja. Vaya, andando! adelante!”

—“Sí, sí, andando y arriba siempre, dijo el sapo. Veo que no está de humor. ¡Pobrecita! Ha pasado un buen susto. Por lo demás, ella piensa como yo: siempre adelante, arriba siempre!”

Antes de reanudar su interrumpida marcha, levantó la cabeza y miró al cielo, divisoando sobre el tejado de una hermosa casa una cigüeña junto al nido, al lado de su compañera.

—“¡Qué dichosas deben ser viviendo allá arriba! pensó el sapo. ¿Qué día podré yo subir á tal altura?”

Moraban en la casa dos buenos amigos, poeta el uno y naturalista el otro. El primero gozaba cantando todas las maravillas de la creación, y en

versos sonoros y armoniosos describía las impresiones de su ánimo ante las obras del Creador. El segundo miraba las cosas más de cerca con la lente, volviéndolas de todos lados y empleando el escalpelo cuando lo creía necesario. A su modo de ver la creación, era un simple problema matemático. Ambos jóvenes congeniaban, y ambos eran francos y alegres.

Paseábanse á la sazón por el huerto, y el naturalista dijo:

—“Mira qué sapo: ¡soberbio ejemplar! Voy á enfrascarlo en espíritu de vino.”

—“Pero oye, ¿no tienes ya otros dos muy parecidos en tu museo? ¡Pobre animal! Déjale gozar de la vida!”

—“¡Es tan admirablemente feo!” dijo aquél.

—“Si por lo menos tuviésemos la seguridad de que llevara la piedra preciosa en la cabeza, menos mal. Entonces no había de oponerme yo á recogerlo y abrirle.”

—“¡La piedra preciosa!... ¿Es posible que tú también creas en esas sandeces?...”

—“Yo atribuyo por el contrario, replicó el poeta, profundo sentido á esta creencia del vulgo. Vamos á ver, ¿por qué el sapo, ese horrible animal, uno de los más feos de la creación, no puede tener guardado en la cabeza un espléndido diamante? ¿Acaso no sucede lo mismo entre los hombres? Esopo, Sócrates, eran poco menos que mónstruos por su fealdad, ¿y por ventura no brillan aún hoy su ingenio como la perla más preciosa?”

Así conversando, los dos amigos se alejaron, y el sapo pudo escapar al peligro de perecer en el espíritu de vino. Solo á medias llegó á comprender lo que habían dicho.—“Creo que han hablado de la piedra preciosa. Dichoso yo mil veces que no la poseo; de otro modo me juegan una mala pasada para quitármela.”

En esto se oyó un gran ruido sobre el tejado: era la cigüeña que daba lecciones á sus pequeñuelos, mostrándoles, agitando las alas, á los dos jóvenes que se paseaban por el huerto.

—“¡Qué fátuos y presumidos son los hombres! decía. Oid á aquellos dos cuchicheando sin darse tregua. Su idioma, su facundia les envanece. ¡Bonito idioma el de los hombres! A una jornada de vuelo ya no se entienden los unos á los otros. En cambio, nosotras, no: nosotras nos entendemos perfectamente, así nos encontremos en el Norte como en el fondo del Africa. Y luego ¿saben volar por ventura? Y además ¿tenemos nosotros necesidad del hombre? Ellos, en cambio, se dan por felices si venimos á anidar á sus tejados.”

—“¡Qué bien discurre! pensaba el sapo. Y además ¡qué altas están!... ¡Y qué bien andan!” esto último lo decía al ver á la cigüeña macho hendiendo los aires con las alas abiertas.

En tanto la cigüeña hembra continuaba instruyendo á sus pequeñuelos: les hablaba de Egipto, de las aguas del Nilo y de su légamo incomparable, que es, les decía, un hervidero de ranas.

—“¡Dios mío! añadía el sapo, ¡cuánto me gustaría visitar ese país! Si una de esas buenas cigüeñas quisiera llevarme! Pues ¿cómo he de ir á Egipto?... Dichoso yo, que siento tiernas aspiraciones hacia lo bueno y lo bello. Sin ellas, allá me habría quedado, encenagado en el fondo de un pozo oscuro. ¡Cuánto mejor no es eso que tener la piedra preciosa en la cabeza!”

Pero precisamente, el famoso diamante él, y nadie más lo poseía. ¡Qué mejor diamante que esa tendencia constante hacia lo mejor y lo más alto! Verdaderamente, dentro de su cabecita brillaba un mágico destello.

De repente, la cigüeña macho se arrojó sobre él: desde lo alto acababa de descubrirle entre la yerba. Le cogió bruscamente con el pico, y aunque el sapo sintió un dolor muy agudo, ¿qué le importaba. La cigüeña, pensaba, va á llevarle á Egipto, y sus ojos chispeaban de alegría.

La cigüeña cerró el pico. ¡Cuac, cuac! El pobre sapo moría estrujado; es decir, únicamente su cuerpo quedaba sin vida. ¿Y el fuego de sus ojos? ¿Qué había sido del fuego de sus ojos? Un rayo de sol acababa de recogerlo: un rayo de sol se llevó la piedra preciosa. ¿A dónde?

No lo preguntes al naturalista, pregúntalo al poeta. El poeta, bajo la capa de un cuento, te enterará de lo que deseas saber: en ese cuento, te enterará de lo que deseas saber: en ese cuento figuran la oruga y la cigüeña. El te dirá que la oruga se metamorfoseó en mariposa de vivísimos mati-



ces, y que la cigüeña va y viene desde los países del Norte al Africa, por el camino más breve, sin compás, ni brújula, ni carta, dando siempre con su tejado favorito, aun en medio de la ciudad más populosa. Todo eso parece extraordinario, increíble, y no obstante nada más cierto; preguntásele si acaso al naturalista, si es que tú mismo no has podido observarlo.

Pero ¿y la piedra preciosa del sapo?

Búscala en el sol, vé si puedes distinguirla.

De fijo que no podrás: la luz del astro rutilante es demasiado viva, y no poseemos aún los ojos que son menester para reconocernos en medio de las maravillas que Dios ha creado; pero un día los tendremos. Y éste será entonces el cuento más bello de entre todos los nuestros; es decir, no será cuento sino verdad, y en ella figuraremos todos.

Cristian Andersen.

POR LOS QUE SUFREN.

¡Oh seres que bajo el manto
De las almas infelices
Veis sangrar la cicatrices
De vuestro enorme quebranto!
Con las angustias del llanto
Levantáis hondo clamor
Al veros que sin vigor
Avanzáis sobre la vida
Con vuestra barca impelida
Por los vientos del dolor.

¡Oh espíritus errabundos
Que heridos por los pesares
Vais marchando sobre mares
Tormentosos y profundos;
Vuestros ayes infecundos
Estimulan mis acentos
Hoy que, sin fe, y sin alientos,
Preludiais vuestra agonía
En una inmensa y sombría
Convulsión de sentimientos.

Sufrís, y en las asperezas
Que alfombran vuestro camino,
Va marcando vuestro sino
El ángel de las tristezas.
Entre escombros y pavezas,
De dichas que ya no son,
Dulcificáis la aflicción
De vuestra suerte contraria
Con arrullos de plegaria
O gritos de maldición.

Callad... y con mano ardiente
Despedazad los abrojos
Que oscurecen vuestros ojos
Y que eclipsan nuestra frente.
No hay corazón que no ostente
Del infortunio la palma,
Y aun nuestras horas de calma
Las forjan los sufrimientos
Que son los buitres sangrientos
En los naufragios del alma.

Bajo el peso de la cruz
Que a vuestros cuerpos va ungida,
Desconocéis que la vida
Es la sombra y es la luz.
Al gemir bajo el capuz,
Donde alza el dolor su yugo,
Sabed que á la vida plugo
Darle al hombre la conciencia
Para hacer de su existencia
La víctima ó el verdugo.

¡Almas sin fe y sin vigor
Presas de eterna ansiedad
Que veis en la adversidad
Un impulso destructor,
No lloréis porque el dolor
Os hiera con mano fuerte,
Pues sabéis por vuestra suerte
Que en cada conciencia ondulan
Tinieblas que gesticulan
Como fantasmas de muerte!

Ni cólera ni humildad
Alentéis ante el destino...
El hombre forma su sino
De su propia actividad.
La dicha y la adversidad
Son fenómenos contrarios
Que ofrecen, como incensarios
De sus amplias trayectorias,
El arrebol de sus glorias
Y el nublo de sus calvarios.

El hombre lleva en su ser
Los factores de un dilema
Que le imponen el dilema
De sucumbir ó vencer.
Mas si fiado en su poder
Hacia una altura se lanza,
Siempre sube, siempre avanza,
Y aunque en sus sueños sucumba,
Duerme, abrazado, en su tumba,
Al girón de una esperanza.

Rasgad, con la frente altiva,
Las brumas de vuestras penas
Y sacudid las cadenas
Con que el dolor os cautiva.
Tomad la actitud activa
Del que intenta combatir,
Y si lográis resistir,
Recordará vuestra mente
Que las luchas del presente
Son glorias del porvenir.

La adversidad os espanta
Sin ver que en su ambiente flotan
Los gérmenes de que brotan
Los triunfos que el hombre canta.
Todo aquel que se levanta
De su proscenio bendito
Surge con brillo inaudito,
Condensando en cada fibra
Las potencias con que vibra,
El Genio de lo infinito.

Mayo de 1900.

Benito Ventanes

